

Los sucesos en la prensa diaria

José Gregorio Terán (recopilador)

SIC desea presentar a sus lectores un panorama de los sucesos de la histórica semana de febrero. El trabajo es una recolección de la labor periodística de la prensa capitalina, en especial El Nacional. Consta de cuatro partes; I. Inicios; II. Desarrollo de los acontecimientos; III. Hechos y personajes; IV. Reflexiones finales.

I. INICIOS

Desde las seis de la mañana, decenas de pasajeros decidieron tomar la Avenida Lecuna para protestar el alza. La manifestación comenzó pacíficamente y algunos estudiantes del politécnico "Luis Caballero Mejías" explicaron sus causas: el Ejecutivo acordó que para trasladarse desde Caracas a Guarenas, y viceversa, había que cancelar 10 bolívares. Hasta y desde Guatire, el monto sería de 12 bolívares. Pero los conductores tomaron la decisión unilateral de exigir 16 y 18 bolívares respectivamente, sin esperar la publicación en Gaceta Oficial, alegando que el alza de la gasolina comenzó el domingo y ellos no podían esperar más.

De la Lecuna, los manifestantes se dirigieron a la Avenida Bolívar, cuando por su número se sentían más fuertes. Allí, a la salida del túnel, frente a la recién inaugurada obra de Maragall, colocaron barricadas y detuvieron el tránsito. Al principio eran unas doscientas personas. Luego se fueron aglomerando muchas más, que gritaban consignas contra los aumentos generalizados de precios y tarifas en todos los productos, bienes y servicios públicos y privados.

En el lugar atravesaron varios autobuses, mientras la Policía Metropolitana se mantenía pasiva. Uno de los oficiales explicó que tenían órdenes de no disparar ni reprimir, a menos que fuese estrictamente necesario, por ejemplo en casos de agresión. Incluso hubo agentes que se mostraron comprensivos y hasta de acuerdo con la protesta, "porque a nosotros también nos afectan las medidas".

Se arremolinaron los motorizados y la toma de calles y avenidas se extendió hasta Parque Central y otras esquinas de la Bolívar. El tráfico se tornó infernal mientras crecían las barricadas, colocadas al inicio por hombres y jóvenes a quienes se les unieron después mujeres, adolescentes y niños que trancaban las vías.

A las dos de la tarde numerosos grupos de personas tomaron la autopista Francisco Fajardo, a la altura de La Charneca en sentido este-oeste.

A medida que pasaba la tarde, seguía aumentando el número de personas que salían de sus casas espontáneamente para protestar. Un hombre mayor aprobó las acciones y comentó que desde los años sesenta no se veía algo parecido en la capital.

Todos los comercios cerraron sus puertas y en algunos momentos creció la tensión, cuando comenzaron a lanzar objetos contundentes desde los edificios del Parque Central y los manifestantes amenazaron con responder la agresión.

Ya era de noche cuando en la morgue informaron que había muertos por armas de fuego en los hospitales Pérez de León (Petare), Vargas y Caricuao y Periférico de Catia. También en el Domingo Luciani de El Llanito y en una clínica de San Bernardino. El funcionario aclaró que no podía asegurar si estas personas fueron abaleadas en los disturbios o en hechos aislados.

En la noche, numerosas columnas de humo se levantaban en la ciudad, la gente caminaba hacia sus casas (el transporte colectivo fue suspendido, y hasta el Metro cerró sus puertas); se escuchaban disparos al mismo tiempo que proliferaban los saqueos a negocios y camiones. (Fabricio Ojeda. Nac. 28-2-89, pp. D-1)

El FMI encendió las calles de Caracas

El discurso de los políticos en sus reuniones de apertura semanal, trató de obviar el malestar, que discreto y silente, discurría desde hace tiempo, en las capas menos asistidas por la democracia. Treinta años de promesas ayer se saltaron por la borda, al igual que el bolívar en un viernes que la historia recuerda como negro. Los desempleados de siempre, los parias de la igualdad de oportunidades, los irreverentes, los anónimos y olvidados de la OCEI, los proscritos del clientelismo partidista, los excluidos de los cogollitos, todos, absolutamente todos en posesión de su inalienable derecho

a la rebelión tomaron las calles, para hacer suyo el derecho a contrariarse, único deber de quien se encuentra sin salida. (Alfredo Alvarez. Nac. 28-2-89. D-19)

II. DESARROLLO

Ayer Caracas fue Beirut. Nadie pensaba que la situación pudiese llegar a tanto. Pocos habían visto algo parecido en este valle, considerado hace menos de un mes como el "centro" de la democracia mundial. Los turistas miraban sorprendidos y apretaban el click desde sitios estratégicos. Esto no es lo que pintan las agencias de viajes. Nada de treinta años de paz. El pueblo tomando por la fuerza lo que veía negado desde hace varias décadas, se convertía en un espectáculo digno de llevarse como souvenir a todo color. Todo estalló como una olla de presión que se calentaba, a fuego lento, con la tapa cerrada y el respirador obstruido por varios años de promesas, corrupción y populismo desmoralizado.

... Pasamos toda la mañana y parte de la tarde tragando humo, gases lacrimógenos, sorteando barricadas, escuchando insultos y recibiendo, como proyectiles que atravesaban las ventanillas, paquetes de macarrones, papel sanitario, diablitos, crema dental y botellas de ron que la solidaridad popular nos obligaba a aceptar como muestra de nuestro "cuadre con la causa".

El recorrido deparaba sorpresas como la de aquel militar raso que guardaba celosamente un gran paquete lleno de objetos que según algunos le regalaron gustosamente ciertos saqueadores agradecidos. O como ese colega suyo que trataba de esconder a sus espaldas un oso de peluche envuelto en papel celofán, reservado para un pequeño que se enteraría — quizás años después — de la agitada travesía que se inició ese 27 de febrero.

Todavía el presidente no anunciaba, como se esperaba, la suspensión de las garantías constitucionales y el inminente toque de queda.

La radio transmitía música y programas desagradablemente "cómicos", inoportunos para la ocasión.

Pero de algo sí se desquitó el pueblo. Arrasaron con los depósitos ilegales que acaparaban los alimentos para venderlos a mayor precio, aprovechándose de las "medidas".

La PM también hacía desastres, imitando y dándole negativos ejemplos a la población. Disparaban armas de fuego mortales, como re-

3. RECORTES DE PRENSA

vólvères calibre 38, y aprovechaban su fuerza para saquear comercios impunemente, delante de la opinión pública.

A la 1:35 pm., casi terminábamos nuestro recorrido, cuando observamos varias unidades de la Policía Metropolitana estacionadas debajo del puente 9 de Diciembre, en la avenida paralela a la San Martín. Allí los uniformados —y algunos que no estaban, pero cubrían sus rostros con pañuelos— se dedicaban al pillaje de cobijas y sábanas en una fábrica cercana.

Llenaron sus vehículos, detonaron sus cañones y salieron, veloces, dejando una estela de gases lacrimógenos.

Definitivamente, ayer Caracas se convirtió en Beirut. (Fabricio Ojeda, Nac. 1-3-89, pp.D6)

El oficial de la Policía Metropolitana afeó su revolver calibre 38 con ambas manos, y piernas abiertas, asentadas firmemente sobre el asfalto de la avenida San Martín, disparó hacia arriba, hacia el cerro, a donde la gente subía cargada de bolsas, cajas y bultos informes. Una sacudida y un humito que se confundía con las nubes densas y blancuzcas del gas lacrimógeno. Otra sacudida, más humito y el brillo de la cachea niquelada en ese campo de guerra desolado y maloliente, de atmósfera irrespirable, donde los ojos lloran y la gente corre. Entonces el hombre ascendió a una "jaula" repleta de mercancía saqueada que arrancó en estruendo de cauchos y sirenas.

Se liberaron las trabas y el bravo pueblo, o la canalla, según se mire, salió a la calle con una avidez, con un deseo, con un hambre que ni las balas pudieron parar. Y los policías no fueron la excepción.

Con un júbilo, con una desfachatez, con una determinación, que en pocas horas la anarquía era la ley. El robo, el saqueo, la rapiña, se convirtieron, por obra de la presión popular, en acciones aceptables, en normas convenidas con la propia policía. La gente bajaba por el desquite.

En la calle Atrás, de El Rosario, Antímano, un policía "dirige" el saqueo del Automercado Central. Sentado en la patrulla, habla por un altoparlante.

— Me hacen el favor doñitas. Con orden. Poco a poco.

Cientos de mujeres y niños entran y salen a través de una santamaría reventada. Cargan sacos de harina. Bolsas de café, pasta de dientes. El desabastecimiento se terminó. Y sale a relucir el fraude sigiloso de algunos comerciantes.

— Eso no es necesidad doñitas. Eso ya es egoísmo. No agarren de diez latas de sardina. Cojan de dos y dejen para los demás.

En la madrugada hubo una auténtica batalla. Y en el tiroteo un efectivo de la PM resultó gravemente herido. Entonces se llegó a un pacto. Los hombres permanecerían arriba. Detrás de unas barricadas. Y sólo sus mujeres y los niños podrían bajar a hacer el arrase. Pero eso sí, con orden y cultura. Bajo la mirada y dirección de los policías, quienes se doblegaron ante la realidad.

— Me hacen el favor los hombres y permanecen detrás de las barricadas. Se les agradece no consumir bebidas alcohólicas, ni disparar contra la policía.

El proceso, devastador y metódico, empezó en Carapa y siguió rumbo hacia Antímano. Con tanta saña y eficacia como la que distinguió a quienes sacaron y a quienes permitieron sacar más de 36 mil millones de dólares de este país en los últimos años. O la misma ansia de quienes se beneficiaron o autorizaron cartas de créditos por más de seis mil millones.

Sólo que aquí el proceso era sudoroso y violento.

No era distinta la reacción a la ocurrida en países como Brasil o República Dominicana, donde la aplicación de las medidas impuestas por el Fondo Monetario Internacional produjo reacciones populares de saqueo y pillaje. Movimientos anárquicos, sin dirección, totalmente espontáneos, de ninguna manera preconcebidos por organizaciones subversivas, las cuales, sin embargo, surgen o resurgen gracias a la proletarización de las clases medias y el desarraigo total de los marginales. Y Venezuela se parece, cada día más, a ese retrato.

Los soldaditos apuntaban hacia el cerro y disparaban. Desde el cerro les devolvían lo suyo.

— Soldados c... de madre, ustedes son del pueblo... —gritaban desde arriba.

El tableteo de la ametralladora era la respuesta. (Roberto Giusti. Nac. 1-3-89. pp. D.2)

III. HECHOS Y PERSONAJES

Un inmenso basurero, el ejército, la Guardia y la policía en las calles, tiroteos aislados, larguísimas colas, gases impregnando el ambiente y exprimiendo glándulas lacrimales, caras sombrías y carros destruidos, reflejaban lo que fue Caracas entre lunes y martes, cuando la explosión social alcanzó proporciones sólo exploradas —desde hace años— por las cámaras internacionales de nuestros noticieros de TV.

Existía cierta calma, pero una "calma" rodeada de cañones, fusiles, ametralladoras, tanquetas y revólvères, ahora con total libertad de ser utilizados contra cualquier sospechoso,

por obra y gracia del decreto anunciado el martes, a última hora de la tarde.

Entretanto, cinco tanques del Ejército apuntaban sus cañones hacia el barrio San Andrés de El Valle, donde hubo fiesta con champaña, lomito y whisky importado productos del saqueo. "Eso duró toda la noche y la madrugada entre lunes y martes. Los malandros se sentían ricos por un día", describieron varios habitantes que presenciaron. "de lejitos", la juerga alcohólica que continuó con el día, al compás de la salsa y el merengue que salía por los altoparlantes de recién estrenados equipos de sonido.

Más adelante hallamos a una joven médico que regresaba a su residencia en Coche, todavía con la bata puesta y el cansancio reflejado en las ojeras. Acababa de entregar una de las guardias más agitadas de su vida en el hospital "Pérez Carreño".

Con la desconfianza de estos días sólo dijo que se llamaba Tahís. Pero contó que únicamente el martes llegaron 30 muertos al hospital y "aproximadamente tres mil heridos, la mayoría con armas de guerra".

— Al principio, casi todos eran hombres jóvenes. Luego comenzaron a ingresar mujeres, niños y hasta ancianos. Para pabellón pasaron muchos que parecían imposibles de salvar. Vi a un niño de nueve años con una enorme lesión de bala en el pecho. Lo más impresionante fue una madre que llevaron al hospital con su niño recién nacido. Según contaron sus familiares, estaba amamantando al pequeño cuando un proyectil penetró por la ventana, atravesó el piececito del bebé y le pegó en el pecho a la mujer. Ella falleció en el centro asistencial y el menor fue dado de alta, después de la sutura. Fueron horas terribles. Parecía una guerra y a cada minuto, llegaba un herido. El 50 por ciento con heridas graves.

Muchos vecinos afirmaron que desde hace tiempo se habían abastecido de comida, porque "sabíamos lo que iba a venir después del 4 de diciembre". Otros confesaron que estaban sin comida y no les quedó más remedio que "salir a rebuscar". Y el "rebusque" duró hasta las ocho de la noche del martes, cuando se implantó el desacostumbrado "toque de queda". (Fabricio Ojeda. Nac. 2-3-89. pp. D-6)

Arriba las paredes se desmoronaban con sólo pasarle un dedo. Los huecos eran tan grandes que la gente —con el humor que nunca abandona a los venezolanos— afirmaba entre risas que ahora no podrían sentarse sobre la poceta tranquilos, porque desde abajo cualquiera los miraba.

Y es que la única manera de comprender a los habitantes de esos edificios, es visitando lo que quedó de sus viviendas, apartamentos si-

tados a respetable altura, pero desguarnecidos a la hora de los culatazos de FAL.

Como ejemplo, tenemos las gráficas tomadas por Francisco Solórzano (FRASSO) en las casas de los Manzanero, los Machado, Rodríguez y Ramos Flores. Ellos, habitantes de los apartamentos 121, 141, 145 y 135 de las Residencias Hipódromo, salvaron sus vidas y las de sus niños pegando el pecho contra el granito como si fueran "conejos" y rezándole a la Virgen esa que recibe, día a día, los resplandores de una fe convertida en velas, en velones cuya flama quedó encendida, a pesar de los plomazos.

Místicos, atribuyen a la providencia que niños, ancianos y mujeres no perecieran por las balas de aquel desenfrenado tiroteo que soldados nerviosos e inexpertos desataron contra sus edificios. Pero al mismo tiempo piden que las autoridades, si desconfían tanto de ellos, tomen los bloques para evitar que situaciones como ésta vuelvan a repetirse.

— Si supiéramos quién inicio los disparos, nosotros mismos lo bajamos a golpes y se lo entregamos a los militares. No estamos dispuestos a que nos maten por culpa de cualquier gatillo alegre irresponsable. Pero tampoco podemos aceptar el abuso de unos militares que disparan cuando suena un triquitraqui —advirtió un vecino indignado. (Fabricio Ojeda. *Nac.* 4-3-89, pp. D-6)

Poco antes de las seis las patrullas de a pie comienzan a recorrer el centro. Los guardias nacionales raspan las peñillas contra el pavimento. Un sonido chirriante y atemorizador que hace chocar los dientes. Abordan despiadadamente a todo ser viviente y el gesto amenazante va precedido por la boca de un cañón.

... Caracas parece una ciudad fantasma, una metrópolis paralizada, una visión luminosa pero muerta donde las hileras de calles y edificaciones abandonadas adquieren la dimensión de ruina. De monumento inanimado. De apoteosis a la medida para un escenario de aniquilación nuclear.

Pero a través de esa desolación urbana se desplaza una violenta onda de energía donde se mezcla el miedo, la arrechera, el sigilo y la curiosidad contenida. Detrás de ese cemento quieto se esconde la multitud. Y miles de ojos observan nuestro desplazamiento.

En la Avenida Baralt ya no hay luz. Se nubla el cielo. El espectáculo es sombrío y ahora la onda se impregna de chorros de adrenalina. Cascos verdes, mandíbulas cerradas, alambales móviles. Y por primera vez —serían unas quince— mostramos los salvoconductos mientras escuchamos el tableteo de ametralladoras y el chasquido de los FAL. Ahora Caracas se nos asemeja a la Santiago del 11 de Septiembre. A una ciudad tomada por los unifor-

mes. Sacudida por un golpe de Estado.

Un niño y una mujer, custodiados por los soldados parecen hacer penitencia frente a la Plaza de Catia. Estos reclutas, provenientes casi todos del interior, son temibles no sólo por el arma, sino por su aire ausente, por el miedo reflejado en su cara de adolescentes provincianos, colocados, de golpe, en medio de una ciudad que no conocen. En un caos que les resulta ajeno. Su agresividad no sólo es una actitud militar. Es, sobre todo, una reacción, un mecanismo de defensa. Distinta es la disposición de guardias y policías, auténticos profesionales de la represión, curtidos y conocedores, además de la idiosincrasia del caraqueño, cuya retrechería a veces despierta la ira de un soldado que pierde la sangre fría y dispara. Y dispara. (Roberto Giusti. *Nac.* 4-3-89, pp. D6)

Esa vasta superficie que se abre al traspasar el túnel de las torres del Centro Simón Bolívar, no puede ser la Avenida Bolívar. Desértica, sumida en la calma y cercada por una celosa patrulla militar, la arteria principal que une a las dos Caracas ofrecía un clima de batalla a punto de estallar. Una camioneta de la Línea Ocumare del Tuy y tres vehículos particulares permanecían junto a sus pasajeros, sin sospechar que la gran avenida era en ese momento su cárcel.

"Cónchale, esto me parece injusto. Yo sólo iba a guardar la camioneta en el estacionamiento de enfrente", reclama temeroso, preocupado, Angel Pérez, a quien ni siquiera se le permitió encender la radio. Tras él siguieron otras quejas y desahogos de gente que por desinformación habían transgredido la orden impuesta.

"Mire, señorita, yo vengo de Barquisimeto".

"Pero si yo vivo ahí mismito". "Dígale, por favor, que esa es mi casa... mire ahí". "Eso del toque de queda no terminé de entenderlo muy bien". Eran expresiones que surgían como única defensa y a las cuales el Mayor a cargo de este primer puesto de control del Ejército Nacional sólo repetía: "violaron el toque de queda".

"Oiga, yo vengo desde Tinaco... ¿qué voy a saber yo que no se podía caminar después de las seis de la tarde", nos dice un cojedeño ocultándose tras una sonrisa nerviosa.

— ¿Y para qué se vino a Caracas?

— Bueno... porque me dijeron que aquí está la vida...

Al contrario, Luis Roble y su esposa no disponían de un instante para las chanzas. Teniendo en los brazos a sus hijos de 2 años y nueve meses, esta pareja venía desde San Félix cuando el ocaso los sorprendió a la salida

del Nuevo Circo.

— Hable por nosotros y dígame al Mayor que tenemos dos niños y están llorando porque tienen hambre.

Más adelante, dos soldados apuntaban, entre solemnes y nerviosos, a un mendigo cuyos evidentes signos demenciales, sorprendió al alto oficial.

"Vamos a ver qué hacemos en estos casos... Estoy esperando instrucciones, porque por lo visto abunda mucho esa gente por aquí", comenta el uniformado.

... De la conversación con la gente envuelta en tales situaciones escuchamos argumentos como: "No creí que esto fuera tan serio. "Me parece una exageración". "A mí me dijo el compadre que si uno caminaba escondiéndose, sin que lo vieran, no pasa nada". "Yo creía que en el toque de queda uno debe conducir a prisa y no lentamente. "A mí me dijeron que podía salir, siempre y cuando cada vez que viera a un militar levantara las manos". "Pensé que el toque de queda era para los saqueadores". "Yo sencillamente no hice caso porque aquí dictan normas a cada rato y luego nadie cumple". (Elizabeth Araujo. *Nac.* 4-3, pp. C.1)

"Me desperté muy temprano y la gente seguía subiendo cosas para el cerro. Yo no entendía de dónde traían tanto y bajé a ver. Eso fue el martes. Estaban saqueando la panadería, la tintorería, la licorería, todo. Yo me puse a ayudar. Esperaba en una esquina y mi papá en otra. Hacíamos escala para llevar las cosas a la casa. Eso no era de nosotros sino de todo el mundo. Luego íbamos a repartirlo".

Mide cerca de un metro setenta. Es trigüeña y pesa 60 kilos. Sabe que en su casa se necesita comida. Y cree que todo empezó porque aumentaron las cosas antes que el sueldo, y no alcanzó. Se ríe cuando se acuerda del lunes y el martes. "Tuve suerte porque no me pegaron perdigones. No estoy arrepentida. Fue un saqueo honrado. En mi casa hay comida. Y cuatro bermudas, una franela, un par de zapatos y una correa para mí ¿Lo volvería a hacer? No sé".

"La gente subía con cajas de mantequilla. Nadie iba a hacer nada con eso. Yo pedía y me daban. Los policías también pedían. Los Disip y los PTJ. Ellos no hacían nada. Más bien dijeron que estaban acuartelados y hasta comprar querían. Que les vendieran al precio que fuera harina y licor para poder comer en la noche, cocinar en donde estaban. Los de la Metropolitana desaparecieron. El módulo que queda cerca de mi casa quedó vacío. Allí nos metimos muchos para ver cuándo discutían para saquear una bodega. Pero no dejaron. Ahora compro la comida allí porque el supermercado esta destruido, lo quemaron. Los por-

3. RECORTES DE PRENSA

tugueses desaparecieron”.

En su casa todo se organizó. La repartición fue justa. “Mi abuela, mi papá y mi tía, organizaron todo. La mantequilla por allí, la salsa por allá, los vegetales en su sitio. Se iba repartiendo. El martes acabó todo. Mi tío también ayudó a saquear. El saqueó, pero cosas de necesidad.

“Fue algo así que ni siquiera fue pensado. La misma gente hizo que uno se metiera en eso sin que uno quisiera”. (Felipe Saldívar. El Diario de Caracas. 7-3-89, pp. 22).

IV. REFLEXIONES FINALES

Sin embargo, hay algunos elementos imposibles de obviar. En primer lugar, la naturaleza y el origen de los disturbios. La cosa empezó en las denominadas ciudades dormitorio, cuando los usuarios del transporte colectivo se consiguieron con aumentos exorbitantes e irritantes. De allí en adelante se produjo una reacción en cadena que dió rienda suelta a un resentimiento social acumulado por años. Y a diferencia de experiencias similares — muerte de Juan Vicente Gómez, caída de Pérez Jiménez— los actos vandálicos tuvieron una extensión y profundidad inéditas en el país.

A la muerte del General Gómez la poblada la emprendió con tra las mansiones de la familia y de los más connotados gomecistas. La explosión, luego de 27 años de silencio y férrea dictadura, se enfocaba hacia un sector minoritario. Y la alteración del orden no resultaba desestabilizadora.

La caída de Pérez Jiménez produjo un estallido de júbilo popular y los saqueos se extendieron a los signos emblemáticos del régimen, como la Seguridad Nacional y El Heraldo, vocero oficial del perezjimenismo.

Los sucesos del 27 y 28 de febrero representaban las modificaciones estructurales de la sociedad venezolana. Ahora no se localiza un signo concreto sobre el cual hacer recaer el descontento. Este crece en los estómagos vacíos, en el descenso progresivo de la calidad de la vida, en la disminución de oportunidades para el ascenso socioeconómico y en el crecimiento acelerado de las penurias.

Si hace tres años el anhelo de un obrero era poseer, por ejemplo, un reproductor de sonido portátil, ahora los artículos de consumo inmediato, los alimentos, por su carencia o encarecimiento, adquieren un valor y un carácter de fetiches. Un kilo de café, una paca de harina pan, un simple pan común y silvestre y no hablemos de papel toilet para evitar los patetismos. La especulación y el acaparamiento jugaron su papel en este proceso que nos mostraba como un país en guerra y donde los contrastes se hacían cada vez más chocantes y escandaloso-

sos. Ayer Caracas se parecía a Cuba. Colas frente a los abastos. Y todavía se recuerda la famosa boda de los siete millones de bolívares. O las cartas de crédito. Verdaderas bofetadas contra un pueblo al cual se le exigió luego una nueva carga de sacrificios. (Roberto Giusti. Nac. 2-3-89, pp. D-2).

Considero que la explosión de estos días es un alerta. Es la luz roja en el semáforo. Sabemos de sobra que somos un país desmovilizado. Porque las instituciones y organismos competentes para educar al ciudadano en la movilización social, que es la única manera de que éste se defienda de las agresiones, bien sea de la hampa o de los precios, no lo hacen. Se ocupan de otras cosas. Están muy atareados, por ejemplo, en someter a la colectividad al incesante trajín electoral, en divorciarlos de sus verdaderos problemas.

¿Qué ocurre en consecuencia? Que somos una nación en la que puede pasar cualquier cosa. Si no hay movilización organizada, si no existe una cultura de la lucha cívica y social, cuando la crisis clava sus garras y saca de quicio al ciudadano, éste se desborda fácilmente. ¿Dónde están los sindicatos que organizadamente defienden el salario de los trabajadores? ¿Dónde las organizaciones sociales capaces de orientar a los consumidores en la lucha contra el alto costo de la vida? ¿Dónde los partidos políticos en condiciones de trazar líneas de acción coherentes y racionales a la ciudadanía acerca de la crisis política? Nada de eso existe. Luego el caos no puede sorprendernos.

Lo dramático, en cambio, es que por omisión de quienes deben conducir el país esté entrando en una espiral de violencia sin precedentes. Porque es violencia gestada por la desesperación, por la angustia, por el hambre, por la incertidumbre que provoca el vacío. Lo más fácil en momentos como éstos es apelar al viejo esquema represivo. Achacar lo que sucede a la subversión, y dejar que el país se deslice por el tobogán del maniqueísmo: poder de policía frente a acción de los manifestantes, ley y orden frente a agitación subversiva. Pero esa película ya la hemos visto y sus resultados son, para todos, decepcionantes. (J.V. Rangel. Diario, 2-3-89, pp. 2)

“Oyeron acaso el clamor de la gente que día tras día recibió como puñaladas los nuevos precios en los alimentos, enseres y transporte”, nos reta alguien que nos advierte, no tiene la intención de polemizar contra quienes descalifican a la gente de los cerros, así como tampoco desea justificar los desmanes cometidos.

— Pero, dígame, ¿qué sentía usted cuando iba a un abasto y no hallaba sal, café, harina pan, azúcar, ni papel toilette? ¿Contaba hasta cien, como recomendaba Gandhi, y se iba a su

caso? En todo caso, ¿alguien dio a usted respuesta o lo tranquilizó diciéndole que todo iba a cambiar?

Igual opinión comparte la señora Fernández quien culpa así mismo a los gobernantes y hasta al Congreso...

— Si bien el gobierno tuvo la culpa al aplicar de una manera brutal las medidas económicas, sin anunciar antes los incrementos salariales, ni dejamos siquiera que cobráramos la quincena, de igual modo son responsables los diputados y senadores de todos los partidos políticos quienes se enfrascaron en discusiones profundas sobre esto y aquello, pero jamás se detuvieron a plantear en cámara asuntos vitales como el alto costo de la vida, la especulación o la defensa del consumidor.

“Pienso que nadie hizo caso al malestar colectivo. Ignoraron a quienes a diario toman taxi y el conductor lo baja porque no le gusta el itinerario, o a quien denuncia por teléfono casos de especulación y acaparamiento”. (Elizabeth Araujo. Nac. 3-3-89, pp. C-2)

Pero, sin llegar a tantas honduras, la gente común conoce el por qué de lo ocurrido. Esa violencia, con su lamentable saldo de víctimas, tiene mucho que ver con décadas de corrupción, pobreza creciente y promesas incumplidas. Mucho que ver con saqueos de “cuello blanco” y su consecuente impunidad.

Algunos, los saqueadores, amenazan con nuevos actos de violencia si el Gobierno insiste con sus “medidas económicas”. Otros, del mismo barrio, advierten que el pillaje y el vandalismo sólo dejan más incertidumbre, mayor necesidad. Esto último se verá cuando se agoten las provisiones y el ama de casa se encuentre ante una bodega vacía, frente a una panadería desolada por las llamas posteriores al saqueo. Lo primero, la amenaza, no pasa de ser un aspaviento. La reacción inicial fue espontánea, no dirigida, y es difícil una nueva reacción masiva por órdenes o designios de alguna minoría. (Fabricio Ojeda. Nac. 6-3, pp. D-13)

No obstante, las trágicas circunstancias que hemos vivido en estos días, ha obligado al Ejecutivo a adoptar medidas excepcionales. Estamos bajo estado de sitio, con toque de queda y con las garantías suspendidas. Pero, causa inquietud esta interrogante: ¿La aplicación de cada una de las medidas del paquete —la Carta de Intención que el Gobierno firmó el día de la rebelión de los “ricos contra los pobres”, tiene ajustes más duros que el aumento de la gasolina y el transporte— llevará a sucesivas suspensiones de garantías? El Gobierno democrático tiene la palabra. (Alfredo Peña. Nac. 5-3, pp. D.4)